

pió el ruido de las conversaciones, en las que no se mezcló más. Si en vez de meditar hubiera observado, la verdad del autor de los anónimos hubiese aparecido ante sus ojos clara como la ciega confianza de la señora de Gorka; como la imperturbabilidad desdeñosa de Maitland ante su rival y la rabia contenida de éste; como la cortesía de Hafner, sosteniendo la conversación general; como la asiduidad de Ardea para Fanny y la emoción de ésta; clara, en fin, como la alegría de Alba. Al entrar Boleslas, todos aquellos rostros habían expresado sentimientos diferentes. En uno solo, durante algunos minutos, habíase pintado la alegría del crimen y el odio satisfecho al fin; pero como éste era el de la señora Maitland, tratada por él de insignificante y tonta, Dorsenne no se ocupó de ella, como tampoco los otros testigos, de la terrible aparición del amante engañado. Todas las naciones tienen una metáfora para expresar la idea de que no hay peor agua que el agua mansa. "Las aguas tranquilas corren profundas", dicen los ingleses; y los italianos, "las aguas tranquilas arruinan los puentes". Estos adagios no serían exactos si no se les olvidase en la práctica, y el analista profesional del corazón femenino los había olvidado aquella noche.



V

La Condesa Steno.

Para una mujer menos animosa que la Condesa, menos capaz de mirar frente á frente una situación y de marchar derecha á ella, una velada semejante hubiera sido el preludio de una noche de insomnio en la que la imaginación enloquecida trajese por adelantado las angustias de un peligro solamente probable. Las crisis de temor concluyen de ordinario en resoluciones de astucia, en mentiras encarnizadas, objeto de la indignación del hombre que no comprende que la hipocresía es la sola fuerza del ser débil. La Condesa Steno no sabía lo que eran la debilidad ni el miedo. Mujer de energía y acción, sentíase á la altura de todos los peligros, y no temía nada. Así, durmió durante la noche con sueño tan

profundo y reparador, como si Gorka no hubiese vuelto con la venganza en el corazón y la amenaza en los ojos. A las diez del siguiente día hallábase en el saloncillo, ó mejor dicho, en el despacho, que estaba junto á su alcoba, en disposición de comprobar algunas cuentas llevadas por uno de sus agentes. Siguiendo su costumbre, se había levantado á las siete, tomando el baño helado con que en verano y en invierno castigaba su magnífica sangre de rubia vigorosa. Habíase desayunado á la inglesa, conforme al principio al que pretendía deber el buen estado de su estómago, con huevos, carne fiambre y té. Habíase hecho un tocado de mujer bonita; fué á ver á su hija para saber si la joven había dormido; escribió cinco cartas, pues su salón cosmopolita la obligaba á mantener una gran correspondencia que iba al Cairo, Nueva York, San Petersburgo y Bombay, pasando por Munich, Londres y Madera, y la Condesa era tan fiel á la amistad como inconstante para el amor. Había escrito páginas y páginas con su letra alta, elegante y correcta, sin que respecto á su antiguo amante tuviese más preocupaciones que ésta: „Estoy citada con Maitland á las once. Ardea debe venir á las diez para hablar de su matrimonio. Tengo que comprobar las cuentas de Finoli. ¡Con tal que á Gorka no le dé la idea de venir también esta mañana!“ Las personas en quienes la sensación del amor es muy completa, pero muy física, son así. Se entregan y se separan por completo. La Condesa no sentía más lástima que miedo pensando en su amante engañado. Estaba decidida á decirle: „Ya no te amo“, francamente, con rudeza, y á ofrecerle que optase entre el definitivo rompimiento ó una sólida amistad. La única contrariedad que experimentaba era la del momento de aquella

explicación que ella deseaba no se efectuase hasta la tarde, en que estaría libre, contrariedad que, por lo demás, no la impedía repasar con su acostumbrada seguridad las sumas y multiplicaciones del intendente. Este estaba de pie ante ella, mostrando una de esas caras anchas y de mejillas colgantes, como las que Bonifazio ha puesto en sus fariseos. Administraba las setecientas hectáreas de Piove, cerca de Padua, aquella de las propiedades que la señora Steno prefería. Ella había hecho diez veces mayores las rentas por el desecamiento de una laguna estéril, donde se había encontrado una sorprendente fertilidad, y discutía las operaciones probables de las semanas siguientes con ese conocimiento detallado y preciso para la explotación rural, que es el verdadero rasgo de la aristocracia italiana, y la razón permanente de su vitalidad. Toda nobleza subsiste, hasta sin privilegios legales, cuando queda profundamente histórica y apegada á la hacienda.

—¿Entonces estimas la recolección de los gusanos de seda en unos cincuenta kilos de capullos por onza?

—Sí, excelencia,—respondía el intendente.

—Cien onzas... ciento por cincuenta hacen cinco mil—dijo la Condesa.—¿A cuatro francos cincuenta?

—Tal vez á cinco, excelencia,—respondió el intendente.

—Pongamos veintidós mil quinientos—dijo la Condesa—y otro tanto para los japoneses. Esto nos indemnizará de los gastos de las construcciones.

—Sí, excelencia. ¿Y el vino?

—Después de lo que me has dicho de las viñas, creo que debes vender lo más pronto posible al

agente de los Kauffmann lo que resta de la pasada cosecha, pero no á menos de seis francos la brentina. Sabes que es menester que nuestras pipas estén vacías y reparadas desde el mes de Agosto. No sería cuerdo que faltase esto para el primero de año, en que fabricaremos nuestro vino con la nueva máquina.

—Sí, excelencia. ¿Y los caballos?

—Creo que no debemos dejar escapar la ocasión. Toma el expreso de Florencia hoy mismo á las dos. Mañana por la mañana estarás en Verona, y concluye el negocio. Los caballos serán enviados á Piove por la tarde. Hemos concluido á tiempo—dijo, recogiendo los papeles del intendente y metiéndolos en un sobre que le entregó.

Su oído, de extraordinaria finura, acababa de percibir el ruido que hizo la puerta de la antesala al ser abierta. Parecía que el grueso administrador se llevaba en su cartera todas las preocupaciones de dinero de aquella mujer extraordinaria, pues después de terminar con las cifras y órdenes precisas que quedan dichas, aquella conversación, ó más bien monólogo, tuvo su más brillante mirada y su sonrisa más ligera para recibir al recién llegado, que felizmente era el Príncipe Ardea. La Condesa dijo á su sirviente:

—Tengo que hablar con el Príncipe. No recibo, ni vuelvas tampoco. Y volviéndose al joven, le dijo... ¿Y bien, *Simpaticone*?—Era el sobrenombre que le daba.—¿Cómo ha terminado usted la noche de ayer?

—No me va usted á creer—respondió Pepino Ardea riendo.—[yo que nada mío tengo, ni mi cama bien pronto! Jugué en el Círculo, y por la primera vez de mi vida he ganado.

Y se mostraba tan alegre, burlábase de nuevo y

tan sinceramente de su ruina, que la Condesa le miró con estupor casi, como él le había mirado á ella al entrar. Se conocían tan superficialmente y se daban tan poca cuenta de sus propias singularidades de carácter, que cada uno se asombraba de la calma del otro. Ardea no comprendía que la señora Steno no se inquietase por el regreso de Gorka y las consecuencias que podría traer. Ella admirábase de que en el desastre de su fortuna, aquel mozo extraordinario se mostrase tan jovial. Había él hecho, sin duda, su tocado de mañana con tanta complacencia como si fuese á intentar un paso capital para su porvenir, y su traje á cuadros, el color de su camisa y de su corbata, sus zapatos amarillos, la flor de su ojal, todo se armonizaba para hacer de él un amable é incorregible muñeco de espiritual frivolidad. Había pagado tan cara su irreflexión, que la Condesa le compadeció, sintiendo la necesidad que experimentan los seres fuertes ante los débiles, la de favorecer á aquel niño, y abordó en seguida la cuestión del matrimonio con Fanny Hafner. En su sólido buen sentido y con su instinto de siempre, la señora Steno veía en esta unión tantas ventajas para todo el mundo, que tenía afán de que el asunto se concluyera á la mayor brevedad, como si se tratase de cosa propia. Este matrimonio convenía al Barón, que la hablaba de él hacía algunos meses; á Fanny, que se convertiría al catolicismo con el consentimiento de su padre; al Príncipe, cuyos disgustos terminarían. Convenía, en fin, al buen nombre de Castagna. Aunque Pepino fuese el único representante de él en aquel momento, y aunque por una antigua tradición de familia llevase un título diferente del patronímico del Papa Urbano VII, aquella venta en pública almoneda del célebre palacio

producía un escándalo en la prensa y la opinión, que era decente hacer cesar.

¿Olvidaba la Condesa que había asistido sin protestar á aquella tenebrosa venta? ¿No había sabido en otra ocasión por el mismo Hafner que éste había comprado á vil precio un lote enorme de letras de cambio del Príncipe? ¿No conocía al Barón lo bastante para estar seguro que el Sr. Noé Ancona, el acreedor implacable que hacía vender el palacio, no era más que el testaferro de su terrible amigo? En un arranque de mal humor contra el Barón, ¿no le había ella misma acusado ante Alba de este sencillo plan: llevar á Ardea á la catástrofe definitiva para ofrecerle la salvación por medio de su matrimonio con Fanny y para ejecutar al mismo tiempo una excelente operación? Pues una vez libres de las hipotecas que les gravaban, los terrenos del Príncipe y sus construcciones volverían á tomar su verdadero valor, y el imprudente especulador se encontraría de nuevo tan rico, si no más que antes. ¿No era ésta una razón más para vencer en seguida las últimas vacilaciones del joven ante aquel casamiento salvador?

—Veamos—dijo después de un instante de silencio y sin más preámbulo.—Se trata de hablar de negocios. Usted ha comido ayer junto á mi amiguita; ha tenido usted toda la noche para estudiarla. Respóndame francamente: ¿no haría la más linda Condesita romana que ha ido á arrodillarse con su traje de boda en la tumba de los Apóstoles? ¿No la ve usted vestida de blanco y cubierta con su velo, apeándose ante esa admirable escalera de San Pedro, del coche tirado por los soberbios caballos, regalo de su padre? Cierre usted los ojos y véala en su imaginación. ¿Estará linda?

—Muy linda—respondió Ardea, sonriendo ante la visión tentadora que la señora Steno acababa de evocar.—Aunque no sea rubia... Y ya sabe usted que para mí una mujer que no sea rubia... ¡Ah, Condesa! ¡Qué lástima que en Venecia, hace cinco años y cierta noche... ¿Se acuerda usted?



—¡Es gracioso esto!—interrumpió la Condesa riendo.—Viene usted á verme esta mañana para hablarme de un matrimonio inesperado con la reputación de jugador y de mala persona que usted tiene, de un matrimonio que llena todas las condiciones: belleza, juventud, inteligencia, fortuna... y casi, casi, es á mí á quien hace una declaración. Vamos...

vamos,—y le tendió su mano, en la que brillaban gruesas esmeraldas, para que la besase.—Está usted perdonado. Pero responda usted, sí ó no. ¿Hago la petición? Si dice usted que sí, á las dos voy al palacio Savorelli y hablo á mi amigo Hafner. Este habla á su hija, y sólo de mí dependerá que esta noche ó mañana reciba usted su respuesta... Conque, ¿sí ó no?

—¡Esta noche! ¡Mañana!—exclamó el Príncipe, sacudiendo la cabeza con un gesto del más cómico azoramiento.—Pero yo no puedo decidirme de este modo. Esto es una emboscada. Yo venía para hablar con usted, para consultarla.

—¿Y sobre qué?—dijo la señora Steno con vivacidad, más bien impaciencia.—¿Qué puedo decirle á usted que no sepa? ¿Es que su situación será otra dentro de un día, de dos, de seis meses? ¿Mañana, pasado, los demás días estará usted menos arruinado?

—No—dijo el Príncipe—pero...

—No hay pero que valga—replicó ella sin dejarle hablar, como había hecho con su intendente. El despotismo natural en las personas poderosas desdeñaba disfrazarse en ella cuando se trataba de decisiones prácticas, sobre las que había tomado su partido.—La única objeción sería que me ha hecho usted hace seis meses, cuando le hablé del caso, era que Fanny no fuese católica. Yo sé que hoy el serlo es su deseo mayor... No hablemos, pues, de esto.

—No—dijo el Príncipe;—pero...

—En cuanto á Hafner—siguió la Condesa,—me dirá usted que mi amistad con él me hace parcial, pero esta parcialidad significa la opinión en que le tengo. No menee usted la cabeza. El reparará

cuanto sea posible la fortuna de usted. Usted ha sido robado, pobre Pepino, como en un bosque. Usted mismo me lo ha dicho. Llegue usted á ser el yerno del Barón y me dará usted noticias de sus ladrones. Ya sé que hay el inconveniente de los orígenes del Barón y del proceso de hace diez años, con todos los *pettegolezzi* á que ha estado unido. Todo esto no tiene sentido común. El Barón ha tenido comienzos rudos. Era de una familia de origen judío, pero convertida desde dos generaciones; de modo que la historia de su cambio de religión desde que habita en Italia es una calumnia como lo demás. Ha tenido un proceso del que salió absuelto. Usted no querrá ser más justo que la justicia. ¿Verdad?

—No... pero...

—Entonces, ¿qué espera usted? ¿Que sea demasiado tarde, como en los terrenos?

—¡Eh! Déjeme usted respirar, abanicarme—dijo Ardea, que cogió, en efecto, el abanico de la Condesa, que estaba sobre la mesa.—A mí, que jamás he sabido por la mañana lo que haría por la tarde, á mí, que siempre he vivido como en viaje, siguiendo mi fantasía, me pide usted que en cinco minutos tome la resolución de esclavizarme para siempre.

—Lo que yo le pido es que me diga usted lo que quiere—respondió la Condesa.—Es muy divertido dejarse llevar por la fantasía cuando se viaja. Pero cuando se trata de arreglar la vida, esas niñerías son muy peligrosas. En mí no conozco más que una cosa. Ver el objeto y marchar derecho á él... El de usted es bien claro: salir de este desastre. El camino no es menos claro; el matrimonio con una joven que tiene cinco millones de dote. ¿Quiere usted casarse con ella? ¿Sí, ó no? ¡Ah!—dijo interrumpido

piéndose de pronto. — No puedo disponer más que de un momento. Tengo una cita á las once.

Miró el reloj colocado sobre la mesa y que marcaba las diez y veinticinco. Había oído abrirse la puerta. El ayuda de cámara apareció, presentándole una tarjeta en una bandeja. La Condesa tomó la tarjeta, la leyó, frunció el entrecejo, pareció dudar, y dijo:

—Haz que espere en el saloncillo redondo y di que voy al momento.

Y volviéndose á Ardea, añadió:

—Usted se cree á salvo y no lo está. No le permito á usted que se vaya antes que yo vuelva. Es cosa de un cuarto de hora. ¿Quiere usted periódicos? Helos aquí. ¿Libros? También hay. ¿Tabaco? Esta caja está llena de cigarrillos. Dentro de un cuarto de hora vengo por la respuesta de usted. Lo quiero... ¿Entiende usted? Lo quiero.

Y desde el umbral, sonriendo de nuevo, y empleando un terminillo de *patois* usual en el Norte de Italia, que no es más que una corrupción de *schiaivo* ó servidor, le dijo:

—*Ciaó, Simpaticone...*

—¿Qué mujer!— pensó Pepino Ardea, cuando la puerta se cerró tras el vestido claro de la Condesa...

—Sí. ¡Qué lástima que en Venecia, hace cinco años, no estuviera yo libre! ¿Quién sabe? ¡Si me hubiera atrevido cuando me volvía á la fonda en su góndola! Ella acababa de dejar á San Giobbe... Aún no tenía relaciones con Boleslas... Me hubiera aconsejado, dirigido. Yo hubiera jugado á la Bolsa como ella, siguiendo las instrucciones de Hafner. Pero no en calidad de yerno. No me vería ahora impulsado á ese matrimonio. Y ella no tendría tan mal tabaco.

Acababa de encender uno de los cigarrillos de Virginia, regalo de Maitland. Le arrojó, haciendo el gesto de un niño mal educado, á riesgo de quemar la fina estera que cubría el mármol del suelo, y pasó á la antesala á fin de coger su petaca del bolsillo del ligero gabán, con el que había prudentemente salido á las ocho. Mientras encendía uno de sus cigarrillos de tabaco egipcio, mezcla de opio y de salitre, que la moda le hacía preferir al tabaco auténtico del americano, miró maquinalmente la bandeja que el criado había dejado al salir de la antesala. La tarjeta del desconocido visitante, por el que la señora de Steno le había dejado, estaba allí todavía. Ardea leyó con un asombro rayano en el estupor, estas palabras: „Conde Boleslas Gorka“.

—La Condesa es más digna de admiración que lo que yo creía— pensó volviendo á entrar en el desierto despacho.—No tenía necesidad de pedirme que no me fuera. ¡Ya lo creo que permaneceré aquí para volverla á ver al salir de esta conferencia!...

Boleslas, en efecto, era el que esperaba en el saloncillo redondo que la Condesa había escogido como la habitación más á propósito para la tormentosa explicación que esperaba. Estaba situada en una de las extremidades del *hall* y hacia *pendant* á la terraza. Formaba con el comedor todo el piso bajo, ó mejor dicho, el entresuelo del hotel. La habitación de la señora Steno, así como el saloncillo donde aguardaba Pepino, estaban en el primero, lo mismo que los cuartos reservados á la Condesita y á su institutriz alemana Fraulein Weber, que estaba entonces de viaje; á la primera mirada cambiada la vispera con Gorka, la Condesa había adivinado que Boleslas lo sabía todo. Sospechábalo ya desde

que Hafner le había transmitido las palabras del indiscreto Dorsenne sobre la presencia clandestina del polonés en Roma. Solamente con mirar á éste á la cara, se sintió en peligro. Cuando un hombre ha sido el amante de una mujer como aquel hombre lo había sido de ella, con una comunión de voluptuosidad renovada sin cesar durante dos años, esta mujer guarda á su vista una especie de instinto fisiológico y casi animal. Un gesto de él, el acento de una palabra, un suspiro, el rubor ó la palidez, son signos que ella traduce instintivamente con infalible certeza. ¿Cómo y por qué el olvido absoluto de las antiguas caricias acompaña á este instinto de adivinación? ¿Es un caso particular de este insoluble y melancólico problema del nacimiento y de la muerte del amor? La señora Steno no gustaba de reflexiones de este género. Lo mismo que la víspera se daba cuenta de que la presencia de su antiguo amante no hería ya en su ser aquella cuerda íntima que la había hecho tan débil para él durante veinticinco meses, tan diligente para sus menores caprichos. Quedó tan fría como el mármol del bajo relieve de Mino da Fiesole, encajado en el muro, más alto que el sillón, en el respaldo del que él se apoyaba. Y él mismo, á pesar de la crisis de lúcido furor que subsistía en su alma en aquel momento, y que le hacía capaz de las mayores violencias, tuvo por su parte la intuición de aquella completa insensibilidad en que su presencia la dejaba. La había visto tan á menudo en el curso de sus relaciones llegar á las citas de la mañana, hacia aquella hora, con parecidos tocados, tan fresca, tan vaporosa, tan joven en la madurez de su edad, tan ansiosa de besos, tan temblorosa de deseo! Ahora tenía en sus ojos azules, en su sonrisa, en toda su persona, ese

yo no sé qué de gracioso y de inaccesible á la vez, que produce en un amante abandonado al frenesí brutal de golpear, de matar á la mujer que le sonreía de tal modo; y al mismo tiempo estaba tan bella á la luz del día, tamizada por las cortinas, que le inspiraba sin igual deseo de oprimirla entre sus brazos, quisiera ella ó no. Había Boleslas reconocido, desde que la Condesa entró, el violento perfume de una composición de ambar de la que se servía para su baño, y esto acabó de exasperar su pasión, tanto más cuanto que, habiéndole dicho el criado que la señora Steno tenía visita, se preguntó si no sería Maitland. Estos sentimientos apasionados, pero contenidos, palpitaban en el tono de la sencilla frase con que la acogió. En ciertos momentos, las palabras no significan nada, y mucho el tono con que se pronuncian. Y para la Condesa el del joven era terrible.

—¿La molesto á usted?—dijo inclinándose y sin oprimir más que la punta de los dedos de la mano, que ella le tendió al entrar.—Dispéñeme usted: la creía sola. Y si quiere usted fijar otro momento para la entrevista que me tomo la libertad de pedirla...

—No—respondió ella, sin dejarle acabar la frase.—Estaba con Pepino Ardea, que me esperará. Por lo demás, me conoce usted bien: siempre estoy presta. Cuando hay algo que decir, se debe decir en seguida. Así es mejor. No hay nada como la espera y el silencio para hacer difíciles las más fáciles explicaciones y para malquistar á los mejores amigos.

—Mucho me alegro de encontrar á usted en semejante disposición,—respondió Boleslas con una ironía que crispó su rostro y sonriendo con odio fe-

roz. El buen humor que ella acababa de demostrar le hería en el corazón, y continuó, ya menos dueño de sí:—En efecto; una explicación es lo que yo he creído tener el derecho de reclamar de usted; y que vengo á reclamar.

—Reclame usted, pues, querido,—dijo la Condesa mirándole frente á frente y sin bajar sus ojos altivos, que el tono imperativo del Conde había animado.

Si había estado admirable la víspera afrontando, como lo hizo, el regreso de su antiguo amante al salir de su entrevista con el nuevo, tal vez lo estaba más en aquel momento, en el que no tenía el auxilio de sus contertulios. No estaba segura de que el furioso á quien hacía frente no llevase algún arma, y creíale capaz de matarla, sin que pudiese defenderse. Mas esta partida había de jugarse más pronto ó más tarde, y la jugaba sin temblar. No había mentido al decir hacía un momento á Pepino Ardea: No conozco más que una cosa, ver el objeto y marchar á él sin vacilaciones. Deseaba un rompimiento definitivo con Boleslas. ¿Por qué dudar sobre el medio de conseguirle? Había él callado buscando sus palabras. Al fin dijo:

—¿Me permite usted que me remonte á unos tres meses atrás, aunque esto sea mucho tiempo para la memoria de una mujer? No sé si recuerda usted nuestra última entrevista. Es decir, la penúltima, puesto que ayer por la noche nos hemos visto. ¿Conviene usted en que la manera como nos separamos entonces no parecía anunciar la manera como nos hemos encontrado?

—Convengo en ello—respondió la Condesa con una nueva llamarada de orgullo herido en los ojos, —aunque no me sea muy agradable el modo que tie-

ne usted de expresarse. Es la segunda vez que me habla usted como un acusador, y si toma usted esa actitud será inútil continuar.

—¡Catalina!

Aquel grito del joven, en el que la cólera aumentaba, acabó de decidir á la que así interpelaba á buscar el desenlace de una conversación en la que cada réplica debía ser un nuevo estallido de odio.

—¿Y bien?—preguntó ella, cruzando los brazos con un ademán tan imperioso que el otro detuvo su amenaza.—Escúcheme usted, Boleslas. Hace diez minutos que hablamos para no decirnos nada, porque ni el uno ni el otro tenemos el valor suficiente para tratar la cuestión tal como la sabemos y la sentimos. En vez de escribirme, como usted ha hecho, cartas á las que era imposible responder; en vez de venir á Roma como un malhechor, ocultándose; en vez de ir á mi casa ayer noche con ese rostro amenazador; en vez de llegar esta mañana con la solemnidad de un juez, ¿por qué no me ha preguntado usted sencilla y francamente como el que sabe lo mucho que le he querido? ¿Haber sido amantes es una razón para aborrecerse cuando se cesa de serlo?

—¡Cuándo se cesa de serlo!—respondió Gorka.—¿De modo que ya no me ama usted? ¡Ah! Lo sabía. Lo había adivinado desde la primera semana de esta fatal ausencia. Pero nunca pude creer que usted me lo diría un día, como me lo dice, con esa voz tranquila, que es una horrible blasfemia para nuestro pasado. No lo creo ahora oyéndolo... ¡Esto es demasiado infame!

—¿Y por qué?—interrumpió la Condesa irguiendo la cabeza con mayor altivez aún.—¡No hay nada más infame en el amor que la mentira! ¡Ah! Yo lo

sé; los hombres no están habituados á encontrar mujeres verdaderas, que tengan el respeto, la religión de su sentimiento. Pero yo tengo ese respeto, yo practico esa religión. Le repito á usted que le he amado mucho, Boleslas. No se lo he ocultado á usted en otro tiempo. He sido leal con usted como la verdad misma. Tengo la conciencia de serlo, ofreciéndole, como hago, una amistad sólida, una amistad de hombre á hombre, que no desea más que probar su sinceridad.

—¡Yo amistad con usted... yo... yo...!—exclamó Boleslas.—¡Bastante paciencia he tenido para escucharla! ¿Por qué no me pide usted también la amistad para el que me ha sustituido? ¡Ah! ¿Me toma usted por un ciego, é imagina que no he visto ayer á ese Maitland junto á usted, y que no he comprendido á la primera mirada el papel que representaba en la intimidad de usted. ¿No ha comprendido usted, pues, que debía haber una razón poderosa para volver como he vuelto? ¿No sabe usted que no se juega con quien la ama como yo? Usted no ha sido leal conmigo, puesto que ha empezado sus relaciones con ese hombre cuando aún las tenía usted conmigo. ¡Usted no tenía ese derecho! ¡No! ¡Y qué hombre! Si fuese Ardea, Dorsenne, cualquier otro que no me hiciese enrojecer por usted... ¡Pero ese bruto sin belleza, ni nacimiento, ni elegancia, ni talento, porque no lo tiene tampoco! ¡No tiene nada más que su facha de toro! Es lo mismo que si me hubiera usted engañado con un lacayo... No... Esto es demasiado vergonzoso. ¡Ah! Catalina, júreme usted que no es verdad... Dime que no me amas ya; yo me someteré, me iré, lo aceptaré todo, con tal que me jures que no amas á ese hombre... Júramelo, júramelo —añadió, cogiéndole una mano tan vio-

lentamente que la Condesa lanzó un débil gesto y se apartó diciendo:

—Déjeme usted. Me hace usted daño. Está usted loco, Gorka, y esta es su única disculpa... No tengo nada que jurarle á usted. Lo que siento, lo que



pienso no le interesa después de lo dicho. Crea usted lo que quiera. Pero —y la irritación de la mujer amorosa herida en el hombre que adora la agitaba— no volverá usted á hablarme de uno de mis amigos como se ha permitido hacerlo. Me ha faltado usted gravemente, y no se lo perdonaré. En lugar de la amistad que le ofrecía tan honradamente, no ten-